

que con el título de «Los Médicos Cristianos», publicó en «El Mensajero del Corazón de Jesús», y que con gusto transcribí en el «Boletín Clínico de la Casa de Salud, de Ntra. Sra. del Pilar», para su divulgación entre los médicos.

Este artículo, lleno de sana moral y de gran utilidad práctica para los Médicos y para los enfermos, no sólo da cristianos consejos a aquellos, muy recomendables por cierto, sino que infunde a estos el amor y el respeto a todas las cosas referentes a la Medicina, del que tan necesitados se encuentran y del que con tanta facilidad se separan en perjuicio de su salud y consiguiente bienestar.

De las palabras del Eclesiástico se desprende, que el Señor, por especial providencia, puso al mundo médicos con la alta misión de saber conocer y aplicar las sustancias que pueden servir como medicinas y remedios y que El nos da por mediación de la naturaleza.

Es indudable que Dios puede curar sin medicinas y por consiguiente sin médicos, pero Dios no prodiga los milagros, se sirve de ellos pocas veces, prefiere devolver la salud al que la necesita o calmar un dolor por mediación de los remedios y de la ciencia de los médicos. Como Conservador y Director de todo el mundo ayuda El invisiblemente al médico. Sin El no acertaría en nada. El médico, como enviado de Dios, administra en su Santo Nombre, la vida y la salud de los hombres si El no ha dispuesto que sea aquella su última hora.

No es de extrañar, pues, que con esta providencial misión con que Dios ha favorecido al hombre médico, la acción que éste desarrolla en la tierra sea considerarla como verdaderamente sacerdotal.

La influencia que el médico ejerce en los enfermos y en sus familias es sólo comparable a la que ejerce el padre o director espiritual, y bien puede afirmarse, sin temor a exageración, que después de los ministros de Dios nadie está tan capacitado como el médico para influenciar en las familias y en la sociedad.

Al médico es a quien se le confían mayor número de secretos y se le revelan más intimidades, lo que a nadie se dice a él se le revela y es tanta la confianza que inspira que incluso se le consulta por enfermedades del mismo espíritu.

Además, en el momento más importante de la vida, en el más precioso, en el más trascendental, cuando va a decidirse de la suerte o fortuna eterna de una alma, el médico es casi siempre el dueño de la situación, a él se debe, principalmente, el que vaya o no vaya preparada al juicio final.

Las palabras del médico son en estos y en otros casos verdaderas sentencias que quedan esculpidas en la mente de los oyentes como consejos emanados de un ser providencial, pero siempre responsable ante Dios y los hombres.

La felicidad o desgracia de ciertas familias también servirá en muchas ocasiones de la conducta del médico en los últimos momentos de una vida. El médico, con la serenidad y la prudencia de que ha de estar revestido en momentos tan críticos como son los precursores de la muerte, ha de imponerse, muchas veces, a las familias y en ocasiones al mismo enfermo, para que comprendan el triste fin que se avecina. Pues el médico no sólo tiene la obligación de procurar para la salvación

del alma del que se va, sí que también está obligado a procurar para el bienestar de los que quedan.

El hombre, por desgracia, vive muy despreocupado, no piensa, como debiera, en lo que le puede y le debe suceder, parece como si la idea de la muerte, una cosa tan natural en la vida humana, a la que todos debemos tributo, le horrorizara y hace todos los posibles para alejar de su mente todo pensamiento que se relacione con ella. Y con este descuido, dejadez o negligencia con que suele vivir llega al momento fatal, previsto desde que nació, y si no fuese por su consejero íntimo, el médico, traspasaría a la eternidad tal como había vivido en este mundo. Dejaría seres queridísimos, para él, sin legitimar, perdurando sobre ellos el estigma del pecado que torturaría constantemente su vida y les podría ser causa de un desgraciado porvenir; intereses sin arreglar, disposiciones sin dictar, causa todo ello de disgustos, sinsabores, penalidades, rencores, odios y desavenencias irreconciliables en las familias. Cosas todas estas que el médico puede evitar y evita en muchas ocasiones, sólo ejerciendo su ministerio con vocación sacerdotal.

Por razones de higiene se ve obligado también a dar consejos y a imponer preceptos de templanza, sobriedad, honradez, virtud, haciendo ver lo que es el vicio, la corrupción y la crápula y parangonando la desorganización moral o enfermedad del alma con la del cuerpo, convierte su profesión en verdadero apostolado.

El secreto profesional del que ya Hipócrates había impuesto juramento a todos los adeptos de la ciencia médica, es otro de los deberes a que está sujeto el médico y que más interesan a la moral y a la tranquilidad de las familias. Por este deber igual al de los sacerdotes o ministros de Dios el médico se ve obligado bajo responsabilidad moral y criminal a callar lo que viere u oyere en el ejercicio de su arte y *que no debiera ser divulgado*.

Grande es, pues, la misión del médico y grandes son sus responsabilidades. Responsabilidades que no debe olvidar en el transcurso de su actuación. Estas mismas responsabilidades y la importancia de la misión que ha de desarrollar hacen que el médico, para ejercer, tenga que sentir tan alta vocación como siente el religioso para el desempeño de su sagrado ministerio.

Es además la profesión médica, la más difícil, repugnante, molesta y enojosa. Pero es la más interesante, la de mayor abnegación y la que más sacrificio requiere.

Para el médico no existe la jornada legal, ni horas limitadas de trabajo. Para él lo mismo es el día que la noche, los domingos que los días laborables. Las festividades no las conoce y apenas tiene vacaciones. El tiempo no es suyo y el hogar es su oficina. Apenas si hace una visita amistosa que no se convierta en profesional. Visita en la calle, en el tranvía, en el café y en el teatro y ri aún cuando viaja está exento de improvisadas consultas. Y como combate a la muerte es siempre un soldado derrotado, pues aún en los casos de salir victorioso a todo se achaca la victoria menos a su pericia o cuidado. Su vida profesional es de lucha y exposición constante. No sólo ha de luchar con la muerte, sí que constantemente con el mal, la miseria, y la podredumbre y si estos